

“Recuerdo [...] una anécdota referente a nuestra ciudad, que había oído contar a mi padre (que esté en la gloria). Cuando en Tarragona, a mediados del siglo pasado, se trató de abrir la nueva avenida, que hoy es nuestra incomparable Rambla del Generalísimo, las opiniones de los concejales, reflejando las de los ciudadanos, se dividieron en dos bandos. Unos querían que la nueva vía se abriese en sentido paralelo a la costa, esto es, de levante a poniente, y al abrigo de las casas. Los otros opinaban que era más conveniente el trazado de la nueva avenida en sentido perpendicular a la costa. La primera opinión era sostenida por los viejos, los cuales alegaban que la vía con el trazado propuesto por sus contraopinantes estaría expuesta a los ataques del terrible fuelle que el dios Eolo no cesa de disparar implacablemente sobre nuestra ciudad, y que, en cambio, el trazado por ellos propuesto permitiría proveer a la ciudad de un paseo muy abrigado donde podrían tomar plácidamente el sol los viejos, los niños y los enfermos en los crudos días invernales. El partido de los jóvenes monumentales. ¿Qué queréis? Decían. ¿Puede concebirse que por un extremo esté abierta a nuestro mar incomparable, y por el otro, ofrezca el magnífico espectáculo de la inmensa llanura verde del Campo de Tarragona? Por suerte triunfó el criterio de los jóvenes. Y así se pudo dotar a nuestra ciudad de unos de los paseos más bellos del mundo.” 3 diciembre 1941

(Tarragona íntima fragment d'una conferència a la confraria de Sant Magí de Barcelona)

Manuel de Montoliu. **Tarragona, símbolo**. Sindicat d'Iniciativa de Tarragona, 1951. Pàg. 146-147